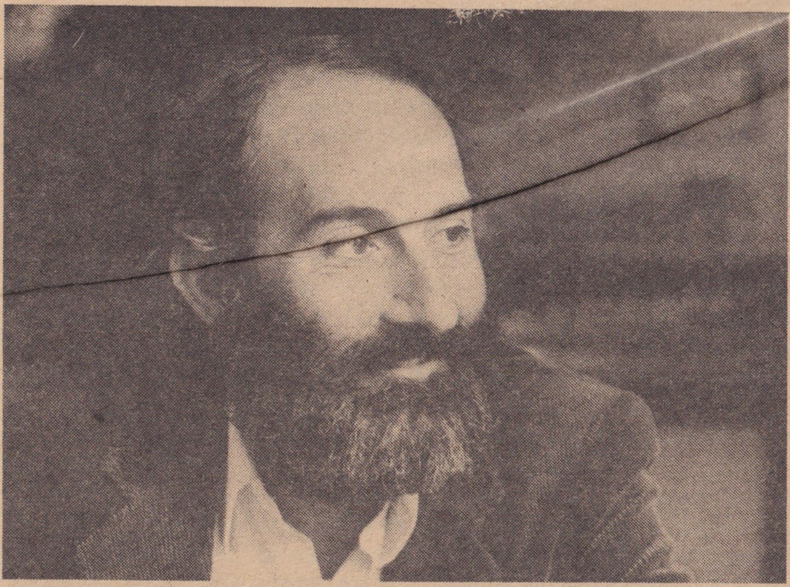

Mario Gaviria, profeta de la buena vida

ADORNADO con unas floridas barbas apostólicas que se ha dejado crecer durante la aventura mozambiqueña de la que ahora vuelve, Mario Gaviria tiene más perfilado todavía el aire de un profeta laico cuya profesión consistiría en ir voceando con diez o quince años de adelanto lo que se nos echa encima. Ahora, Mario Gaviria, sociólogo a medias aragonés y navarro, pionero de todas las luchas ecologistas, antinucleares y urbanísticas de por aquí, se dedica por entero a predicar y tratar de vivir la buena vida.

LA buena vida consiste en ser pobre con elegancia, y vivir, si es posible, gratis. ¿Qué es eso de la elegancia? Pues muy sencillo: es una forma libertaria de vivir barato sin que eso moleste a los que trabajan mucho. Pero claro, la buena vida pasa por una disminución voluntaria, no sólo del trabajo, sino de los ingresos económicos. Se trata de vivir de una forma suficientemente simple como para necesitar muy poco dinero y ser más libres, más felices.

Se acaba de comprar un traje de pana marrón, su primer traje en doce años, porque le invitó a su programa de TV Mercedes Milá y no tenía qué ponerse. El coche, que pasa de quince años, apenas lo usa porque encuentra más prácticos la bici o el avión, según viva o trabaje. Ahora tiene problema con el dinero que le ha pagado la ONU por realizar un estudio sobre el futuro urbanístico de Mozambique y cree que lo mejor sería comprar caballos y vacas para el caserío que piensa alquilar cuando se traslade con sus dos hijas a un pequeño pueblo de Navarra. Le han encargado un estudio sobre el futuro que les espera a los jóvenes de un valle húmedo que abandonaron el ganado y el monte para trabajar en fábricas que ahora se tambalean. Mario Gaviria va a proponerles que vuelvan a fabricar quesos y a trabajar en grupo la madera de las sierras de Andía y Urbasa. Mario Gaviria tiene la suerte de que organismos serísimos le paguen por explorar el futuro.

UN LUJO QUE DA PISTAS

—Resulta envidiable ejercer de profeta con los gastos pagados.

—Bueno, yo es que tengo la suerte de no haber vivido problemas económicos y haber hecho siempre lo que he querido. Tengo un sentido digamos que aristocrático de la disposición sobre mi propio cuerpo porque nunca he estado traumatizado por saber en qué trabajaré cuando acabe lo que estoy haciendo. Por eso puedo ser muy generoso conmigo y me puedo ocupar, por ejemplo, de ver las cosas desde muy alto y desde muy lejos. Gracias a eso he podido levantar temas con diez años de antelación.

—No te molesta, pues, que te llame profeta.

—No, no. En realidad soy un creador de opinión y he ido abriendo caminos. Los primeros panfletos contra el polígono de tiro de las Bardenas los eché yo con un grupo de gentes y mira, ahora se lo llevan. En Aragón ya no habrá nunca nucleares y eso se debe a las luchas que iniciamos hace doce años. En otros sitios no vencimos, pero

aquí sí, porque encontramos gente extraordinaria en el Bajo Aragón y en el Cinca.

No da la imagen del anarquista tópico, ceñudo y violento, porque quizá su mejor arma ha sido siempre el gesto abierto y sonriente que ha acompañado sus denuncias más brutales. Sabe incluso ponerse la corbata para discutir mano a mano con las empresas eléctricas los riesgos nucleares, pero ha estado en la cárcel por protestar. Va por libre, pero tiene un *sex-appeal* indefinible que atrae como un pararrayos a cuantos intuyen que lo que predica es el triunfo de la imaginación.

—Digamos que has sido un lujo que se han permitido los que manejan el cotarro.

—Quizá. Pero eso ha sido porque yo nunca he aspirado al poder, es que no he sido ni presidente de la Congregación Mariana. Los que están en el rollo del poder lo entienden como una erotización de su vida, una sustitución del placer corporal por el placer de oprimir. Por eso nunca me han visto como a un contrincante. Deben pensar: éste nos dará pistas.

—Les has dado cantidad. Aquí, en Aragón, eso es evidente.

—Bueno, sí, pero luego algunos políticos las emplean sólo a nivel retórico. Volviendo a lo de antes, como yo no aspiro a ser poderoso, pues me dejan en paz. Yo he rechazado una carrera en la Administración por mi alergia al Estado y nunca seré funcionario. Además he rechazado hacer dinero. Y claro, alguien que no quiere poder, ni seguridad, ni dinero, pues es muy libre.

COBRAR POR VIVIR

Cuando aquí nadie sabía gran cosa de urbanismo, o de ecología, o de nucleares, Mario Gaviria escandalizaba o encandilaba al personal, según los gustos. Ahora, aparte de su preocupación por los metales pesados que nos metamos al cuerpo al beber el agua del Ebro, sus olfatos han dado un fuerte giro en busca de nuevas fronteras. Mario Gaviria se ha propuesto gritar a la multitud de los parados y a quienes quieran oírle que esta crisis económica no tiene final ni vuelta de hoja, que es preciso cambiar la forma de vivir.

—Lo que calificabas como la buena vida, ¿está en la base de los crecientes movimientos pacifistas que registra Europa y, a escala, también Zaragoza?

—Sí, la lucha contra el desarme es signo de otras muchas cosas. La gente se ha dado cuenta de que antes la violencia sólo destruía a

los soldadicos, que en la II Guerra Mundial ya empezó a matar población y que en la tercera morirán hasta los poderosos. Son éstos los que todavía no han caído en ese pequeño detalle, pero es que la creatividad de la gente va siempre por delante. La lucha pacifista está agrupando ahora mismo en Europa y Estados Unidos a la gente más interesante.

—Parecía que la crisis económica nos estaba atocinando y que ya no volvería nunca aquel esplendor imaginativo de los 60. Ahora resulta que los jóvenes siguen tan vivos.

—Es que la crisis es todavía una falsa crisis, porque el producto interior bruto sigue creciendo en toda Europa. Lo que pasa es que manifiesta más claramente la incapacidad del capitalismo a la hora de repartir los frutos de esa producción. El sistema sólo retribuye a los que trabajan y no da trabajo para todos. Por eso hay que atacar la base del capitalismo, exigiendo que a la gente no se le pague por trabajar, sino por vivir. El sistema, a lo más que llega, es a dar limosna a los parados.

DAR SUELTA AL EROTISMO

—¿Hay que ir olvidándose pues de aumentar la riqueza sin límites?

—Por supuesto, hay que ir haciéndose a la idea de que ya no volverá a haber trabajo para todos. Así que habrá que empezar a repartir los puestos de trabajo para que todos trabajen algunas horas. Eso le sienta mal a la aristocracia obrera, que vive a nivel europeo en cuanto a rentas, coches o pisos, pero yo creo que los socialistas harían bien en no pedirnos que produzcamos más, sino en repartir lo que hay, los puestos de trabajo.

—Trabajar menos horas ganando menos, claro.

—Sí, sí. Hay que empezar a disfrutar con menos dinero. Eso requiere fomentar la creatividad popular, cosa que no cuesta mucho dinero. Liberar la fiesta, la vida sexual, fomentar la feminización de la sociedad, su ecologización, oír a los ecologistas. La derecha madrileña ataca a Tierno porque las fiestas de Madrid le salen por unos cien millones, lo que viene a costar un vehículo militar un poco especializado. Es de risa. Lo malo es que la izquierda sigue confundiendo la cultura con las medallas y los museos, que están bien, pero que no son lo más importante.

—¿Cuál es el viraje cultural que nos propones?

—Pues, ¿cuál ha de ser? Que cambie nuestra forma de vivir: comer cosas sanas, saber hacer el amor, mirar los atardeceres sin prisa, cantar y bailar todo lo que nos pida el cuerpo.

—Los que mandan parecen decir que eso de hacer bien o mal el amor es asunto privado. Pero no se lo deben creer.

—Pues claro que no. Un buen orgasmo, y cuantos más mejor, es algo inseparable de cualquier liberación política o social. Eso lo vio muy bien Wilhelm Reich, mucho mejor que Freud, que sólo reflejó el erotismo burgués. La gente que hace bien el amor no puede ser borrega y no se puede construir una sociedad libre si al mismo tiempo se culpa a la gente por la forma en que usa su erotismo. Y entiendo por erotismo desde el placer de comer, a correr, jugar, bailar o hacer el amor. Lo que les pasa a los poderosos es que son gente reprimida que han sustituido su erotismo por la erótica del poder. De momento la gente se lo tiene que montar por libre, casi clandestinamente.

Mario Gaviria trata de poner en práctica y en grupo estas ideas. Ahora que vuelve a vivir en Navarra está muy interesado en un grupo de antiguos dirigentes obreros que andan por los treintaitantos años y que se plantean vivir mejor, no conseguir mejores sueldos.

—Esa gente ve que la vida se les va yendo y que no la van a atrapar con mejores salarios, sino con menos curre y más suelta. Son en total unos trescientos y quieren darse de baja en la Seguridad Social para contratarse expertos en salud, sexualidad o nutrición. No quieren tener cada uno su chalet, sino conseguir entre todos un verdadero palacio colectivo para orgías y fiestas permanentes, que es justo lo contrario de lo que andan buscando tantos trabajadores. Después de sudar el piso, el coche y la lavadora, la mayoría se propone conseguir una caseta con huerta, pero siempre habrá algún invento que obligue a currar a esta aristocracia obrera.

EL PARAISO AQUI, AHORA Y GRATIS

—Todavía no se aprecia una lucha mayoritaria en materia sexual. Los que luchan son los marginados, las minorías.

—La mayoría sigue fastidiada y reprimida porque el mercantilismo ha sustituido la realidad de la liberación sexual por su representación, las revistas cuarteleras. En lugar de soltar la sexualidad de los soldadicos, les dan tías a todo color. Pasa también con la publicidad: el modelo es siempre un tipo joven, alto y bello, lo que genera grandes

frustraciones entre los que no son ni jóvenes, ni altos, ni bellos. Es una gran trampa, porque a la hora de disfrutar, en la cama o en el soto, no hay tanto problema entre belleza y placer.

—Te parece más importante conseguir que la gente se lo pase bien, sin esperar a un futuro utópico.

—¡Ah, sí!, yo soy muy pragmático. Yo quiero el paraíso aquí, ahora y gratis. Me interesa una sociedad, en la que cada cual se dedique a sus placeres favoritos: tocar el arpa o comerse un bocata de calamares al atardecer. Pero una sociedad de hombres y mujeres que cooperen sólo puede llegar de abajo a arriba, a base de que cada día la gente se resista un poco más a seguir obedeciendo. El desarme, por ejemplo, va a llegar por ese camino: la gente lo va a acabar exigiendo a los Estados.

—Antes creías más en la política, en los cambios desde el poder, al que había que llegar por medios políticos.

—Sí, cuando hace diez años fundamos *Andalán* todavía pensaba que la vida cotidiana se podía transformar a través de la vida política. Luego me fui dando cuenta de que no es así. Llevé la crítica al concepto del trabajo, al de la producción, al modelo de crecimiento. Algunas de aquellas cosas han sido asumidas por los políticos, por ejemplo la calidad de los alimentos. Yo he seguido con otras cosas.

—La buena vida.

—Sí. Y es una óptica tan contradictoria con el afán de consumir que no podrán entenderlo nunca los que confunden el tener con el ser. Buda, Mahoma, Cristo o San Francisco de Asís eran tipos de vida simple, no tiranizada por los objetos, que llevaban una buena vida, afectivamente muy alta. Porque lo esencial en la vida es una afectividad satisfecha, es decir, estar a gusto todos juntos y bien revueltos.

El capitalismo condena al padre, la madre y los hijos a la soledad del piso y los recibos.

—Ese grupo de Pamplona parece ser una excepción.

—No creas. Es cierto que la mayoría obrera es profundamente conservadora en su vida cotidiana, machista, desarrollista y consumista y le falta sentido crítico, pero también son más numerosos cada día los grupos de gente que se lo montan de otra forma. Hay ya como dos clases obreras: la que tiene trabajo y la que no. Hoy en las fábricas ya no hay gente joven, las fábricas están llenas de carrozas porque estamos entrando en una generación que pasará de la escuela profesional al paro y del paro a la jubilación.

ARAGON, GIGANTE ANESTESIADO

Hace varios años que Mario Gaviria no vive en Aragón y alterna sus trabajos en mil sitios. Ahora vuelve a Navarra, interesado por el problema vasco. Quiere aprender el euskera y acabar de entender aquel laberinto, un poco desencantado ya de las posibilidades de un camino original que creyó ver en años pasados. Confiesa que se mete en nuevos jaleos con aire deportivo porque «el placer de estar juntos es tan importante como ganar o perder una batalla».

—Debes pensar que ahora estamos aquí más encarrilados, no sé si más conformistas.

—Yo he escrito que Aragón es hoy un gigante anestesiado. Una tierra hermosa, con gente sana, buena gente que anda un poco desconcertada porque ha dejado de ser una sociedad rural y es ya una sociedad industrial y rica. Aragón, incluso en el campo, tiene hoy rentas europeas, aunque siga habiendo bolsas de marginación muy graves.

—No todo el mundo tiene aquí esa idea tan optimista.

—Lo que digo es cierto. Los agricultores aragoneses pueden competir con los europeos, la mayoría de las obras hidráulicas que se siguen haciendo, se hacen aquí. Lo que falta es gente, porque la provincia de Huesca, por ejemplo, es una provincia de lujo. Cuando la sociedad industrial se vaya descalabrando, quedará la necesidad de comer, y en eso Aragón es un gigante. Tiene una relación de buena tierra, agua y población tan excepcional como Australia o Nueva Zelanda. Digo que es un gigante anestesiado, porque en lo político y social encuentro Aragón muy convencional.

—Aquí acaba de haber una manifestación convocada por casi nadie, que ha sacado a 25.000 zaragozanos a protestar contra la base americana.

—Eso me parece muy interesante. Porque es muy importante que el tejido social esté vivo. Los partidos deben darle más cancha, porque ésa es la mayor riqueza que puede tener una sociedad. Aunque esa vitalidad se emplee, por ejemplo, en organizar vaquillas, que me parece una forma suprema de la tradición aragonesa: unos a torear, otros a pasar miedo, otros a ver y otros a ver cómo le tocan el culo a las mozas.

—La fiesta y el poder no se han llevado nunca muy bien, pero en Zaragoza y en otras partes parece como si se reconciliaran.

—Me alegro, me alegro, porque la fiesta es la sublimación del pueblo frente al Estado. Me emociona ver que nacen y arraigan las peñas,

porque son grupos donde no manda nadie y se ponen de acuerdo para ver si matan un ternero o qué blusa se colocan. Ese germen de autoorganización lo veo crecer en Aragón como una herencia del antiguo anarquismo aragonés. Aunque las peñas de Zaragoza me parecen todavía poco insolentes, no entiendo que una peña vaya por la acera. Tiene que tomar la ciudad.

—¿Sueles dar consejos a políticos de los que eres, o al menos eras, muy amigo, Sainz de Varanda y Marraco, entre otros?

—Les veo muy poco, aunque tengo buenas relaciones con ellos. Pero no, a lo sumo les daría pistas, porque me gustaría que los socialistas fueran de verdad socialistas, feministas, ecologistas. Me parece que en los próximos quince años el objetivo fundamental de una política socialista no será el enfrentamiento directo con el capitalismo, porque nada cambia aunque todo se nacionalice. El objetivo es ir dándole cancha a la gente, porque así las riendas ideológicas cambiarán de manos. Y eso sería ya irreversible.